

Veamos las Estrellas

—¡Siempre estropeas todo! —Hago una mueca cuando el portazo provocado por mi hermana al salir del cuarto penetra en mis oídos. Me quedo observando la puerta. Pienso en lo fácil que sería lastimarla, tomarla del cuello y...la vergüenza y el miedo me invaden «¿De dónde salió eso? ¿Cómo puedo siquiera pensarlo? ¡Es mi hermana! Yo nunca le haría daño...¿O sí? ¿Qué pasa si uno de estos días no puedes controlarte?» Tal pregunta desencadena algo dentro de mí y de repente se me dificulta respirar, sintiéndome como una presa que se desborda poco a poco, perdiendo el control. Salgo por la ventana de la habitación, la brisa de la noche enfriando mi rostro. Aterrizo en una de las ramas del encino que yace a unos metros de la casa.

Mis piernas cuelgan libremente de la rama mientras estoy sentada, mirando la Luna que se asoma entre el follaje del árbol. Aunque logro asentar mi respiración, por mi mente pasan mil pensamientos, cada uno arrasando con el anterior y no soy capaz de detenerlos por más que lo intente.

Pero luego un crujido de hojas me hace bajar la mirada hacia la tierra debajo de mí. Algo pequeño se mueve por el pasto. Me incorporo, asegurándome de no espantar a la criatura. Enfoco mi atención en el pasto verdoso y veo a un ratoncito de campo moviéndose frenéticamente con sus pequeñas patitas.

No puedo evitar recordar otros tiempos, cuando Lorena y yo solíamos salir de la casa mientras mamá y papá dormían y esperábamos sentadas en el pasto a que yo captara el sonido de movimiento entre el pasto. Luego mi hermana tomaba la pose de un gato a punto de cazar a su presa, y atacaba. Esas noches siempre estaban llenas de risas ahogadas y susurros, y aunque Lorena nunca atrapaba nada, siempre insistía en intentarlo de nuevo la noche siguiente.

Ahora estoy parada sobre el pasto con el ratón en mis manos. Ya no es algo que me divierta. Me hincó y dejo a la temerosa criatura volver a ocultarse entre la hierba.

Me incorporo y alzo la mirada al cielo. Luego volteo hacia la ventana de nuestro cuarto, el único lugar de la casa con la luz prendida y desde donde me está viendo Lorena. Desvía la mirada y se enfoca en un perrito de barro sobre la mesa de madera, figura a la cual le está dando sus últimos detalles. Alrededor de ella hay varias figuras de diferentes tamaños y formas encima del pupitre, apenas dejando espacio para que Lorena trabaje en su siguiente proyecto. Mis padres querían que mi cama estuviera junto a la ventana del cuarto, a pesar de las protestas de Lorena. Pero yo insistí en que no la necesitaba y entonces le cedieron ese espacio a ella, lugar donde puso su mesa de trabajo.

Eventualmente vuelve a alzar la mirada. La tensión es palpable entre ambas, pero ninguna cede. Entonces, sin dejar de verla, doy unos pasos hacia atrás «Si tanto quiere verme, entonces le voy a dar ese gusto». Saco las manos de mis bolsillos y comienzo a levitar. Sus ojos se llenan de desprecio, pues recibió el mensaje fuerte y claro: Tu nunca tendrás ésto. Redirige su atención al perrito de barro frente a ella sin dejar de fruncir el seño.

Satisfecha con el desenlace de nuestra riña, dirijo la mirada al firmamento y me comienzo a elevar, alejándome de la tierra firme cada vez más. Mi nariz y mejillas se entumescen por el frío del viento que silba a mi alrededor. La casa ahora está a kilómetros de distancia y pronto se transforma en una figura amorfa dejada atrás. Me topo con una neblina que me engulle en cuanto redirijo mi atención al cielo. No me detengo y sigo mirando adelante, pero la neblina sigue ahí, engullendo todo lo que cae dentro de ella, incluyéndome. El latir de mi corazón retumba en mis oídos y siento como si me ahogara. El pánico me invade «¡Ya no puedes detenerte porque no sabes como volver!» me dice mi mente a gritos, «¿Y si nunca logro salir?».

Pero si salgo del otro lado de la niebla, e inmediatamente llevo las manos a mis oídos. Me encuentro con un abismo negro, las fauces de algo mas grande que cualquier galaxia, cuyo rugido atraviesa mi cuerpo y amenaza con paralizarme por dentro «No debo estar aquí». Estoy a nada de ahogarme en el miedo; canalizo toda mi energía en darme la vuelta y huir hacia el mar de nubes que ahora me parece reconfortante.

Cierro los ojos con fuerza antes de volver a sumergirme en la niebla. Solo debo seguir bajando y esta pesadilla terminará.

El verde del pasto es todo lo que veo cuando finalmente entreabro mis ojos. Dolor recorre mi cuerpo mientras choco y ruedo contra el suelo, dejando tierra expuesta en el camino. Cuando al fin me detiene la inercia alzo la cabeza,

jadeante. Mi ropa y cara están cubiertas de tierra, y el olor a tierra húmeda impregna el aire; hoy llovió unas horas antes de que se ocultara el sol tras los cerros. A pesar de ese aterrizaje, me siento aliviada por haber vuelto, y por primera vez desearía tener los pies pegados a la tierra, lo que sea para no volver a ver ese vacío tras las nubes.

Me incorporo, ignorando el ardor de los raspones bajo mi ropa. —¿Gaia? —Lorena está trotando hacia mí, claramente preocupada «¡No me digan que acaba de ver como me estampo contra el suelo como idiota!». Oculto mi rostro sonrojado mientras pretendo sacudir mi sudadera. —¿Qué pasó? —pregunta mientras me examina de pies a cabeza. —¿Estás bien?

—Sí, sí. De poca madre. —Alejo su mano de mis jeans mugrientos, el color celeste ahora manchado por la tierra. Evito mirarla a los ojos, prefiriendo observar un bichito que camina por el pasto. Ninguna de las dos dice una sola palabra más, y quedamos en un silencio acompañado solo por el canto de los grillos.

Por un momento, el bochorno que siento es reemplazado por molestia cuando pasa por mi mente lo que ocurrió entre nosotras «Si quiere actuar como si nada hubiera pasado, entonces tendrá que hablar primero».

Lorena camina hacia la tierra que quedó levantada, sin importarle que el bordado de su falda magenta se llenara de lodo. —¿Hasta dónde fuiste? —No puedo evitar soltar una risita entre dientes cuando pienso en el ingenio de mi hermana. Sabe que no hubiera levantado tanta tierra si no me hubiera ido tan lejos.

—'Pus, tú sabes. —Quiero apartar la mirada del cielo, pero aquel recuerdo me tiene atrapada. El pavor invadía cada rincón de mí, me paralice...

—Oye. —La voz de Lorena me saca del trance— ¿Quieres ir al fuerte? —pregunta con una modesta sonrisa. Aunque una parte de mí sigue molesta, estoy agradecida por la compañía de mi hermana y su empeño por hacerme sentir mejor.

Acepto su oferta y extendiendo mi mano hacia ella para que la tome, pero por alguna razón insiste en ir caminando. Ante mis protestas, ella dice que tendré piernas de gallina si me la paso volando a todas partes. Señalo que nunca vuelo cuando estoy en el pueblo, pero no me escucha y decido no seguir discutiendo porque sé que no cambiará de parecer.

Sobre el cerro que estamos escalando se asoma lo que iba a ser una casa, pero en lugar de eso terminó como un bloque de concreto con huecos rectangulares en algunas partes de sus paredes. Le vuelvo a ofrecer mi mano y ella la toma, mientras que su otra mano termina en mi brazo. Una vez que siento que tiene buen agarre, me elevo por los aires, llevando a Lorena conmigo cuidadosamente, y aterrizamos en el techo como lo hemos hecho mil veces antes.

Veníamos aquí de vez en cuando sin que mamá y papá se dieran cuenta; sabíamos que una vez que tocaran ese colchón no se volverían a levantar en toda la noche. Lorena solía llamarlo nuestro fuerte. Mientras disfrutábamos de las botanas que comprábamos en el mercado, ella me hacía preguntas sobre las estrellas que admirábamos con asombro. «¿Has tocado alguna?» preguntó una noche con un brillo en sus ojos «No, pero pronto lo haré ¡Ya verás!», y realmente lo creía. «Pero cómo han cambiado las cosas...» pienso con melancolía.

Ahora yacemos acostadas en el tejado, hablando de todo menos de lo que importa. Así, palabra a palabra, el rencor que se ha formado entre nosotras con los años se apacigua, aunque jamás cede por completo.